

## La mujer y el poeta

*“Tiene todo el tiempo para ella*

*El abrazo poético como el abrazo carnal*

*Mientras dura prohíbe toda caída en la miseria del mundo.”*

A. Bretón

Tiempo atrás; en la cálida ciudad de Bahrein, bella isla del golfo pérsico donde el olor a dátiles y la brisa tibia acaricia un mar esmeralda, durante la noche del Ras as-Sana un joven poeta soñó con un intermitente destino. Dios, que solo se manifiesta en ensoñaciones, le impuso una labor: “serás cuando encuentres esa mujer”. Para ello asignó un viaje arriesgado por regiones inhóspitas, e indico con perversa exactitud, como morada de ella, la treintava casa del poblado de Yemen.

Al amanecer, con el nuevo año, el joven poeta comprendió su destino y organizó su viaje con inusitado ímpetu. Peregrinó por tierras desconocidas y de cambiantes costumbres. En algunos lugares se sintió cómodo, en otros los poetas eran personajes malditos y se agobio por las infamias. Así se acostumbro a deambular entre hombres. Descubrió con sorpresa, luego de 5 años, que la ciudad de Yemen solo era una pequeña aldea que no contaba aun con 10 moradas.

Abrumado por la noticia instauro con resignación una humilde tienda y se condeno con esmero al ejercicio del tiempo. Al cabo de varios años Yemen se tornó prodiga albergando gran cantidad de tiendas. El hombre, ya nada quedaba de aquel joven, esperanzado, completo para aquel tiempo algunos poemas. El gentío satisfacía sus necesidades en silencio, porque intuían su destino y lo veneraban tibiamente por ello. Diariamente le acercaban ánforas con frutos y pan. Para ese entonces la plaga azoto la región. 4 largos lustros pasaron sin que nadie se acerque al poblado. Abatido, con vehemente rabia, se entrego a la desidia y olvido su misión. Dono su tienda y sus escasas pertenencias y decidió esperar con entereza el azar de la muerte.

Una mañana de noviembre, un ruido seco y el brillante Sol lo reanimó. Aun con la dificultad del sueño logro incorporarse. Su piel estaba sucia y arrugada. Sus ojos verdes eran ya grises y su pelo blanco caía largo sobre sus hombros. Para su asombro un maestro construía una casa a metros del montículo donde pernoctaba. Con agitación infantil se arrodillo de cara a la meca y rezo con júbilo. Indago al constructor por el habitante de la futura vivienda. Una viuda de la lejana planicie de Rahasann con sus dos hijas arribaría en escasos días. Aguardo con inusual alegría los 21 amaneceres que duro la obra.

Bellos días de diciembre recibieron a las tres mujeres. El anciano las interpelo indicándoles una por una la misión que le había sido encomendada. Lo escucharon con asombro y por pudor negaron oír sus poesías. Lagrimas de ira surcaron los pliegues de su rostro. La viuda conmovida se aproximó furtivamente al montículo donde el poeta pasaba sus noches. Le confió en voz baja que a la edad de 15 años Aláh le dijo en sueños que una bella mujer llora bajo la onceava luna de Bahrein.

El viejo agradeció su gesto. Con profunda conmoción comprendió que los sueños son arto complejos y no son siempre bien entendidos por mortales insensatos. Un halo de nostalgia lo envolvió y admitiendo su fracaso decidió regresar a su origen y pasar allí sus últimos instantes. Deambulo, desde esa misma noche, el largo trecho que lo distanciaba de su ciudad y familia. Al cabo de un prudencial tiempo el poeta volvió a pisar la tierra de sus ancestros. Inicialmente se dirigió a la playa de Hasshir, sobre el mar Árábigo, a escuchar ese sonido olvidado de agua y viento, a sentir arena húmeda bajo sus pies. Camino luego hasta el terraplén donde se asentaba la tienda de su familia. Con estupor encontró allí un pequeño pero hermoso palacio. Se adentro sin temor y comprendió en ese silencio que ya nada quedaba de su extinta estirpe. El lugar era ahora propiedad de un visir y de su hija, una matemática solitaria.

Percibió su sed y acercándose a un aljibe lleno un cántaro de agua. Mientras bebía y recordaba el tiempo perdido un murmullo llamo su atención. Sobre un balcón, ataviado con columnas y delicados ornamentos, una joven mujer lloraba con timidez.

¿Por qué lloras?- *Le pregunto.*

Porque mi matemática falla, y entonces ¿El amor no existe?- *Contesto dubitativamente la joven.*

El hombre le pidió que baje, deseaba verla de cerca. La mujer dudo un instante. Limpiando sus lágrimas franqueó escaleras de mármol y fino granito. Vislumbrando la excepcional gracia la miro a los ojos y cometió el sacrilegio de desprenderle el velo.

Saco de su humilde bolsa un manajo de papeles. Tomo una hoja al azar. Mientras recitaba los versos que escribió por años imaginándola, caminaron noche arriba.

*Fabo Sanchez*

[contacto@fabosanchez.com.ar](mailto:contacto@fabosanchez.com.ar)

[www.fabosanchez.com.ar](http://www.fabosanchez.com.ar)